

Al incomparable

## FRAY GERUNDIO ZOTES

ALIAS, DE CAMPAZAS.

### SONETO.

No hay otro FR. GERUNDIO ni le ha habido ;  
 Hará inmortal el nombre de Campazas ;  
 En casas, en conventos, calles, plazas,  
 Vá dos cuartos que mete mucho ruido :  
 No nos cite el francés envanecido  
 A Fleury, á Burdaluë, ni á otros mazas ;  
 ¿Qué Señeri? ¿qué Oliva ó Calabazas?  
 ¿Ni qué Vieyra, portugués erguido?  
 ¿Demóstenes, y Tulio? Dos zoquetes ;  
 ¿Los demás oradores? Mil orates,  
 Por no llamarlos pobres monigotes :  
 Solo Fray Blas, con otros mozalvetes,  
 Sino le exceden, le hacen sus empates ;  
 Por lo demás es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE PONDERA LO QUE VA SALIENDO Y VERÁ EL  
 CURIOSO LECTOR.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio, quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza, y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que habia perdido el seso. Pero á lo ménos pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar, que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible; bien que eso no lo asegura como noticia

cierta, y solamente lo dá por conjetura, fundándose en unos apuntamientos de letra muy gastada, que se hallaron en el hondon de un cajon. Y el diablo, que no dormia, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos dias después recibiese una carta de su íntimo amigo Fray Blas, escrita desde Vocanilla, la cual decia así: «Amigo Fray Gerundio. «Doite mil abrazos en el corazon, ya que no puedo «con la boca: en toda esta tierra no se habla más «que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray «Roque el refitolero me escribe maravillas, y el sacristan de Gordoncillo, que te oyó (y ha venido «aquí á concertar un esquilon), comienza y no acaba. Ambos tienen voto, ó yo soy un porro. Mosen Guillen, que es el señor cura de este lugar, y tiene «en la uña *el tentro de los dioses*, desea un traslado «de ella, y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sea necesario vender el macho falso, que compró en la feria del botiguero. Enviámela por el portador, que es el barbero de este lugar, persona «segura y de toda mi estimacion. A él me remito «sobre mi sermon de Santa Orosia, pues no me parece bien, que yo me alabe; y sábeta que tiene tan buena tijera para cortar un sermon, como para igualar un cerquillo: solo te digo, que además de «la limosna del mayordomo, que no es maleja, me «ha valido ya dos borregos, y docena y media de «chorizos, que de todo se sirve Dios, que te guarde «muchos años á pesar de cazcarrientos. » FR. BLAS *siempre tuyo.*

Cuando Fray Gerundio se halló, con que le pedian su plática allá de luengas tierras (pues para su

geografía ocho leguas de tierra era la mitad del mundo), cuando consideró que se pedia no ménos que para imprimirla, y se vió en vísperas de ser autor de la noche á la mañana, y esto sobre ser hombre, en cuyo aplauso y elogio incontinenti se escribian y divulgaban sonetos, se tuvo en su corazon por el mayor predicador que han conocido los siglos; y nosolo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar, que ya se habia formado, sino que con el tiempo fué salpicando todas las más ridículas y más extravagantes, como se verá en esta puntual historia.

Pero veis aquí, que en el mismo zaguan de la segunda parte de ella, parece que hemos dado un tropiezo, que á buen librar harto será que escapemos sanas las narices; es posible, dirá un lector, (que las tenga de podenco), es posible, que habiendo oido la famosa plática Anton Zotes y Catanla Rebollo su mujer, habiendo sido testigos de los aplausos y de los vítores con que fué celebrada; habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el denuedo con que manejaron unos el ramal, y otros la pelotilla; que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia, como fuera de ella: ¿es posible (vuelvo á decir tercia vez) que no tuvieron siquiera una enhorabuena que llegar á la boca, para dársela á su hijo? Se hace verosímil que ya que no fuese aquella noche, por ser ya tarde, y por dejarle descansar, á lo ménos la mañana siguiente muy de madrugada, no fuesen á la iglesia del convento ó á la portería, y que allí Anton Zotes no diese cien abra-

zos á su hijo, y la tía Catanla no añadiese de más á más otros tantos besos aferrados en lágrimas y moccos, todos de purísima ternura? ¿Se hace creíble tanta sequedad y tanto despojo? Y si esto no fué así, sino que en efecto los buenos de los padres de Fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de complacencia y de gozo; ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan substancial, que tanto puede servir para el aliento y aún para la edificación?

A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos: y confesando de buena fé que todo pasó así ni más ni ménos, añadimos en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos moccos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Anton Zotes, en presencia del prelado y otros padres graves, que habian bajado á cortejar á él y á su mujer, dijo: «Fray Gerundio, ya te envié á escribir, como me habian echado la mayordomía del Sacramento. Pero entónces no te envié á decir que me predicases el sermon, porque no te habia oido predicar, y no queria ponerme á que quedásemos envergonzados: ahora que te he oido, dígame que me lo has de predicar, con la bendicion de su reverendísima, nuestro reverendo padre.» No pudo negarse el prelado á concederla, aunque del escapulario adentro no le dió mucho gusto, porque como á hombre sério y de razon le habia desazonado la plática; ¿pero qué habia de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la órden, que hacian al convento toda

la limosna que podian? Al fin, sacáronlos de almorzar unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviendo el almuerzo de comida, y se volvieron á Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios, por llegar al lugar, para contar á el licenciado Quijano, y á toda la parentela, lo que habian visto por sus ojos, oido por sus oidos, y palpado por sus manos.

Dejemos ir enhorabuena á los dos dichosísimos consortes en buena paz y compañía, miéntras nosotros nos volvemos á nuestro Fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermon del Sacramento, no pensaba ni de dia ni de noche, ni soñaba en otras cosas, que en el modo de desempeñarle: hacíase cargo de las circunstancias, que le ponian en mayor empeño. Primer sermon que predicaba en público, (porque la plática de disciplinantes no la calificaba de sermon); predicarle en su lugar, y en la misma parroquia donde le habian bautizado (porque no habia otra); ser mayordomo su padre, cantar la misa su padrino, los danzantes de la procesion, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrian, las dos ó tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hogueira que se encendia la víspera de la fiesta. Todo esto se le ofreció á la imaginacion como punto crítico y principal de su empeño, pareciéndole que era indispensable, no solo hacerse cargo de todo ello, sino que solo en esto estrivaba toda la dificultad; pues por lo que tocaba al asunto del Sacramento, en cualquiera sermonario encontraria campo abundante donde forragear. Es cierto que no se habian olvidado

las juiciosas reflexiones que habian oido al maestro Fray Prudencio contra la ridícula y extravagante costumbre de tocar en los sermones estas que llaman *circunstancias*: tambien es cierto, que tenia muy presente la salutacion al sermón de la Purificacion en el día de San Blas, que el mismo maestro Prudencio habia leído al predicador mayor y á él, en que con gravedad y no sin gracia se hace ridícula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica: pero tambien es igualmente cierto, que se le imprimió altamente la sólida advertencia de su amigo el predicador Fray Blas, la cual se redujo á aquel apostegma, que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiabelo: *Sentire cum paucis, vivere cum omnibus*; sentir con pocos, y obrar con muchos: y aún por desgracia habia leído aquellos días, no se sabe donde, el dicho que comunmente se atribuye á nuestro insigne poeta Lope de Vega, y harto será que no sea un falso testimonio; porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discrecion dijese una truanada tan insulsa: pero al fin ello se cuenta, que reconociendo él mismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo, *que los conoce y los confiesa; pero que con todo eso las compone así, porque las buenas se silvan, y las malas se celebran*. Haciale esto más fuerza que todo á nuestro Fray Gerundio, y resolvió por última determinacion no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen Fray Prudencios. Solo dudó por algun tiempo, si para hacerse cargo de ellas, acudiria por socorro á las fábulas, ó apelaria á los textos y pasages de la Escritura Sagrada, porque de todo

habia visto en los famosos predicadores. Algo más se inclinaba á lo primero, por llevarle hácia allí su genio ayudado del ejemplo de Fray Blas, y de la continua lectura del *florilégio*; pero como estaba reciente la fuerte repasata que le habia dado el padre maestro, contra el uso ó contra el abuso de la fábula en la seria magestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le habia oido, de que era especie de sacrilegio, expresion que le habia estremecido, porque al fin no dejaba de ser hombre timorato á su modo; por esta vez y sin perjuicio, hasta que examinase bien el punto, se determinó á buscar en la Escritura acomodo honrado para todos las circunstancias.

Hallóle fácilmente donde todos le encuentran, que es en las *concordancias de la Biblia*, sin más trabajo, que ir á buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde á la castellana, para la cual se desea aquel texto, y aplicar cualesquiera de los muchos que hay en la Escritura para cuantas veces se pueden ofrecer: así en ménos de una hora dispuso los apuntamientos siguientes:

Primera circunstancia: *Primer sermón que predico: viene clavado aquello de PRIMUM QUIDEM SERMONEM FECI ó THEOPHILE*. Segunda: *Predicó en mi lugar, y se llama Campazas: para esto viene como nacido aquel texto: DESCENDENS JESUS STETIT IN LÓCO CAMPESTRI*. Tercera: *Predicó en la parroquia en que me bautizaron, y se llama Juan el que me bautizó; ¿qué cosa más propia que aquello: JOANNES BAPTIZAVIT IN AQUA ET SPIRITU SANCTO?* Cuarta: *El mayordomo es mi padre: IN DOMO PATRIS MEI MANSIO-*

NES MULTÆ SUNT. *Tambien mi padre es labrador; Pater meus agricola est. Vivase Anton Zotes: el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el pais de los azocias: OBIT IN AZOTUM. Quinta: Echóme el sermon mi padre, el cual está vivo y sano: ET MISIT ME VIVENS PATER. Cantará la misa mi padrino..... Aquí.....*

Aquí se quedó un poco atascado, porque habiendo revuelto cuantas concordancias se hallaban en su celda, conviene á saber, las antiquísimas de Hugo cardenal, las de Alberstad, las de Arlote, las de Roberto Estéban, y por última apelacion, las de Zamora, no encontró la palabra *padrino* en todas ellas; y ya desesperado estaba resuelto á acudir al *theatrum vitæ humanæ*, ó á cualquiera poliantea por algun padrino de socorro, y aún en caso necesario valerse del *tu mihi patrinus es* de Terencio, en el *Hautontimorumenos*, cuando le depara su dicha el texto más oportuno del mundo: tropezó, pues, con aquello que se lee en el verso 14 del cap. 16 de la Epístola á los romanos: *salutate patrobam*: y pasando luégo á leer el capítulo, encontró en él un tesoro: porque casi todo el referido capítulo se reduce á las memorias (hablando á nuestro modo) que el apóstol encargaba se diesen de su parte á todos los cristianos que se hallaban en Roma, y eran de su especial cariño, ó por su mayor fervor, ó por algun beneficio particular que habian hecho á la Iglesia, y porque se habia esmerado en favorecer y en amar al mismo apóstol: á todos los saludaba, nombrándolos por sus nombres, y en el verso 14 nombra entre otros á Patrobo.

«¡Oh! (dijo entónces Fray Gerundio, más alegre

«que si hubiera hallado una mina) de patrobo á padrino hay un canto de un real de á ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba *Patrobo*, y que corrompido el vocablo, se llamó después *padrino*, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará muy bien de eso), le responderé, que con mayores corrupciones que esta, nos tienen apestados los etimologístas y trampa adelante. Pues hay, que no daría golpe el *salutate Patrobam*, haciendo reflexion sobre el *salutate*, diciendo que hasta el apóstol se acordaba del padrino en la salutacion.» Bien quisiera él encontrar tambien algun textecillo oportuno, para encajar el apellido *Quijano*, no dejando de conocer que este seria el *non plus ultra* del chiste y del ingenio; porque el texto del padrino en general se pudiera aplicar á cualquiera pastor, que sacó de pila un hijo de Juan Borrego; pero túvolo por caso desesperado: no obstante después de haber andado batallando largo tiempo en su imaginacion, sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento más disparatado que se podia ofrecer á un hombre mortal.

Quijano, se decia él á sí mismo, sale de *quijada*; esto no admite duda: pues ahora, de las quijadas se dicen cosas grandísimas en las sagradas letras; porque dejando á un lado, si Cain mató á su hermano con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta á lo ménos en la vulgata, y aunque constara, no lo podia aplicar bien para mi intento; pero consta ciertamente que Sanson con la quijada de un asno quitó la vida á mil filisteos: consta, que habiendo quedado fatigado de la matanza, y estando peré-

ciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua, hizo oracion á Dios, para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la misma quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina con que apagó la sed, y se refociló Sanson. Consta finalmente, que en memoria de este prodigio, se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el día de hoy la fuente del que invoca de la quijada: *Idcirco appellatum est nomen illius loci, fons invocantis de maxilla, usque in præsentem diem.*

¡Qué cosa más divina para mi asunto! aquí tenemos una misteriosa quijada, que con agua celestial y milagrosa dá nuevo espíritu á Sanson, y le restituye á la vida, á lo ménos se la conserva. El agua es símbolo del agua del bautismo, cuya virtud es milagrosa y celestial, y la quijada que la subministró, sombra muy propia de mi padrino que la administra, cuyo apellido es *Quijano*, está haciendo muy clara alusion á aquel misterioso origen. Que la quijada fuese de un burro ó de un racional, ese es chico pleito para la substancia del intento, y más cuando á cada paso leemos en la Sagrada Escritura, que los brutos y las fieras simbolizan á los mayores hombres.

Ajustada tan felizmente esta circunstancia, por todas las demás se le daba un pito; pues para los danzantes tenia la danza de David delante del arca del Testamento, que sale en todas las danzas del Corpus, y si no queria echar mano de esta, por más ordinariamente vulgar, tenia la danza de las melenas largas, como él lo construia, de la cual hace men-

cion el profeta Isaías, cuando dice, *et pilosi saltabunt ibi*: y más que se acordaba muy bien, que los danzantes de su lugar siempre llevaban tendidas las melelas, cosa que los agraciaba infinitamente, y lo de *pilosi saltabunt*, venia para ellos á pedir de boca. Para el auto sacramental le parecia que podia acomodar todos los textos que hablan de alguna figura del Sacramento; *porque figura y representacion*, discurreria él, *todo es una misma cosa; con que si tenemos representacion y Sacramento; ¿qué más falta ya para el auto sacramental?*

Donde iba muy holgado, y á su parecer literalmente, era en la circunstancia de novillos, porque aunque fuese menester cien textos diferentes para cien corridas, estaba pronto á sacarlos de la Escritura, aplicando todos los que hablan de vítulos; y si como eran novillos fueran toros, por lo ménos para más de treinta corridas, ya tenia provision de textos. Los cohetes y las carretillas que se disparaban, los encontraba vivisimamente figurados en aquellos cuatro misteriosos animales que tiraban la carroza de Ezequiel, los cuales iban y venian por el aire, *in similitudinem fulguris corruscantis*, como unos rayos, como unos relámpagos y como unas exhalaciones. La hoguera no le daba maldito cuidado, puesto que tenia en la Escritura más de cien hogueras en que calentarse, sin más trabajo que arrimarse á cualquiera de las que se encendian para consumir los holocaustos; y si se le ponía en la cabeza, hacer tambien circunstancias de los muchachos que saltaban por la hoguera sin quemarse; ¡qué cosa más propia y natural, que los tres muchachos del horno de Babilonia!

Así acomodó en sus apuntamientos las circunstancias que le parecieron precisas y absolutamente indispensables; pero faltábale una, que aunque los predicadores se hacían cargo de ella, á él no le sufría el corazón dejar de tocarla. Esta era hacer conmemoración de su querida madre, porque hacerla de su padre y de su padrino, y no hacerla de su madre que le parió y que le había tenido nueve meses en sus entrañas, se le representaba una dureza insupportable, y que no se componía bien con el tierno amor que la profesaba. Ya se vé que para hablar en general, de madre, de hijo, de parir y de vientre, tenía los textos á millares; pero no se contentaba con esta generalidad, y quisiera un textito terminante, paladillo, que hablase de su madre Catanla Rebollo, con sus pelos y señales.

Anduvo, tornó, volvió por mucho tiempo, así las concordancias como los textos, sin poder hallar cosa que le aquietase, hasta que al fin se le vino en la memoria el ingenioso medio de que se valió cierto predicador para salir de semejante aprieto. Llamábase María Rebenga la mayordoma de cierta cofradía de mujeres, en cuya fiesta predicaba, y no pudiendo encontrar en la Escritura texto que hablase expresamente de Rebenga; ¿qué hizo? Dijo así: había la esposa convidado al esposo para su huerto, con estas palabras, *veniat dilectus meus in hortum*, venga mi amado esposo á espaciarse por el huerto, y como se diese por desentendido al primer convite, le volvió á instar con las mismas voces, *veniat dilectus meus in hortum*, venga á espaciarse por el huerto mi querido. Ahora noten, dos veces le dice que venga, ve-

nias, venias, como quien dice, venga y revenga. Con este arbitrio salió el discreto predicador del empeño con el mayor lucimiento, y más, cuando añadió, que á la primera instancia en que la esposa no le dijo más que venga, hizo como que no quería; pero cuando en la segunda oyó la palabra el revenga, venias, venias, no pudo ménos de rendirse.

A este modo le pareció á Fray Gerundio, que también él podía desempeñarse, haciendo reflexión, que el apellido *Rebollo* parece que suena dos veces bello, y tuvo por imposible que no se hallase algo de bollo en la Biblia, en cuyo caso él se ingeniaria para la aplicación; pero se quedó yerto, cuando en toda ella no encontró siquiera un bollo que llegar á la boca, y pareciéndole que alguna cosa de *Rebollo* no podía faltar en alguno de tantos huertos de que se hace mención en los sagrados libros, ni aún esto pudo encontrar; y aburrido ya, abandonó del todo el pensamiento de nombrar á su madre expresamente por el apellido; pero apuntó el texto de *beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*, para aplicarle cuando se ofreciese buena ocasión.

Dispuesto así el plan de la salutación, por el cuerpo del sermón se le daba un comino; pues haciendo á Cristo en el Sacramento, ó Sol, ó Fénix, ó Águila, ó Jardín, ó Amatiste, ó Piroppo, ó Cítara, ó Clavicordio, ó Fuente, ó Canal, ó Río, ó Azucena, ó Clavel, ó Girasol, después carga bien de broza y de fagina, de textos, autoridades, glosas, varias lecciones, varios versos latinos, sentencias, apostegmas, alusiones, tal cual fabulilla apuntada, aunque no sea más que para mayor adorno, estaba seguro de componer un sermón, que se pudiese dar á la imprenta.

En lo que estuvo un poco indeciso fué, si seguiria ó no seguiria en el mismo estilo que habia usado, así en el sermón del refitorio, como en la plática de disciplinantes. Es cierto, que él estaba perdidamente enamorado de él; porque sobre adaptarse mucho á su primera educacion, especialmente en la escuela del dómine Zancas-Largas, todas aquellas voces rumbosas, altisonantes, y rumbáticas estrambóticas, se hallaba canonizado en la plática de su héroe el predicador Fray Blas, y veia que en todo caso le celebraba la turba multa; no obstante no dejaba de hacerle muchas cosquillas la burla que así el padre provincial como el maestro Prudencio habian hecho del tal estilo; pero sobre todo, lo que le hizo titubear más, fué un papel que por rara casualidad llegó á sus manos, como lo dirá el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO II.

LEE FRAY GERUNDIO UN PAPEL ACERCA DEL ESTILO, Y QUEDA ATURRULLADO.

HABIA muerto por aquellos dias en el convento un padre predicador, hombre de mucha suposicion en la Religion, que habia seguido la carrera del púlpito con el mayor aplauso, y que (lo que es más) le tenia muy merecido, porque sobre ser un grande religioso, era verdaderamente sábio, elocuente, nervioso, de juicio muy asentado, de buen gusto y de acreditado celo. Su espolio (así suelen llamarse en las religiones aquellas alhajuelas que dejan los religiosos difuntos) casi se redujo todo á sus sermones manuscritos, y algunos otros papeles y apuntamientos concernientes, por la mayor parte, á la misma facultad; y aunque en la comunidad hubo algunos golosos de ellos, especialmente de la gente moza, que suele hacer su veranillo en semejantes ocasiones; pero el prelado con mucho acuerdo y prudencia se los aplicó á Fray Gerundio: lo primero, porque parecia más acreedor que otro alguno, hallándose al principio de la carrera; y lo segundo y principal (que esa fué en realidad la máxima del prudentísimo prelado), para que leyendo en aquellos sermones, y tomándo-